

UNA COMIDA DE AMIGAS

Hace unos días tuve el placer de compartir un día de asueto, visitas culturales, comida estupenda, ‘observaciones sociológicas’ y mucha, mucha charla con tres amigas.

Constituíamos un grupo, cuando menos, curioso. Estábamos allí tres generaciones; dos en los sesenta, una en los cuarenta y otra que no ha llegado a los treinta. ¡Qué pandilla!

Sin embargo, lo más precioso de todo es que hablamos desde el corazón, sin tapujos, con total libertad y espontaneidad, sin recelos ni miedos, sin querer impresionar a nadie ni llevar la voz cantante en nada, sin pretender tener razón y sin imponernos las unas a las otras.

Al decir algo así, podría pensarse que sólo hablamos de banalidades, de ‘trapos’ o de esas cosas que parecen propias de las conversaciones femeninas. No obstante, fue todo lo contrario. Sólo en el momento del cotilleo nos dejamos llevar de nuestras afiladas lenguas.

Contemplamos por azar la salida de una boda y ahí sí que no pudimos por menos que analizar los modelitos de las y los asistentes. La corbata de fulanita, los brillos de menganita, la gorda con un traje como comprado por su enemigo, la niña disfrazada de repollo o la preadolescente vestida de *gogogirl*. Todas convinimos que la novia iba discreta y elegante, sin aspavientos, que la madrina se había pasado en los brillos y que una única invitada, posiblemente hermana del novio o de la novia, iba hecha una princesa. La verdad es que la chica era alta, delgada y esbelta, llevaba un precioso recogido en su pelo rubio natural y un traje con encaje negro, sobre un tono crudo, que era como hecho para ella. Las demás, en su mayoría, aparecían como disfrazadas, con esa ropa que está muy bien en la foto de la modelo, pero que lo obliga a uno a mirarse las propias hechuras y a descartarla por incompatible.

Salvo esa concesión a la lengua viperina de la que se nos acusa con frecuencia a las mujeres, el resto de la conversación fue más bien por otros derroteros. Hablamos de nuestros sentimientos, de recuerdos, de las impresiones que nos producen ciertas personas, de cómo la gente se comporta de maneras inadecuadas que traslucen complejos mal asumidos, traumas no resueltos y obsesiones largamente consentidas.

Hablamos de la pobreza en el mundo, del desamparo de muchos niños, de la falta de esperanza de mucha gente, de la política convertida en un mercado y un chalaneo, de los lugares que amamos y de personas a las que añoramos porque están lejos o porque se nos han ido. De nuestros sueños y alegrías, de las tristezas y pérdidas.

Alguna de nosotras había perdido a un hijo en circunstancias dolorosas y trágicas, otra había perdido un marido, igualmente en circunstancias terribles, otra estaba esperanzada con su próxima boda, pero agobiada con lo que eso supone, enfrentándose a trabajo precario e inseguro, otra había perdido a un amigo muy amado. Pero todas tratábamos de sacar enseñanzas de nuestros dolores y preocupaciones, alentando la esperanza y valorando lo hermoso que era, aunque no lo parezca a primera vista, poder vivir esas experiencias y, tras analizarlas con la mayor objetividad posible, sacar enseñanzas de ellas y consuelo con todo lo que de hermoso nos ofrece la vida a cambio.

En ningún momento salió a relucir una frase hecha, un chascarrillo o un chiste. Nos reímos muchísimo. Pero toda la alegría procedía del simple hecho de estar juntas, de contarnos nuestras cosas y de la sorpresa que nos producía el mirar la vida de modos señaladamente diferentes. De manera natural nos decíamos, ¡qué graciosa, pues no dice que...!

Fue un día delicioso, de esos en los que uno se reconcilia con el género humano, pues todavía existen personas que aún siendo muy distintas en edad, condición, carácter y vida, pueden entenderse sin roces ni tapujos. Sin fingir en lo más mínimo.

Benditas sean esas chicas que me permitieron pasar un día estupendo. Dios les conceda larga vida y a mí también para que lo podamos repetir cuantas veces se presente la ocasión.